



**FILO:UBA**  
Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad de Buenos Aires

A

# El peso de las Almas

Alrededor de un texto de Procopio de Cesárea

Autor:

**Alberto Freicas**

Revista:

Anales de Historia Antigua y Medieval

**1956 - 8, pag. 15 - 22**



Artículo



**FILO:UBA**  
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL  
Repositorio Institucional de la Facultad  
de Filosofía y Letras, UBA

## EL PESO DE LAS ALMAS

Alrededor de un texto de Procopio de Cesárea

POR

**Alberto Freixas**

Hay un conocido pasaje de Procopio de Cesárea<sup>1</sup> acerca de la isla de Britia, en el cual repite lo que ha sido constantemente divulgado por innumerables personas; ellas sostienen haber cumplido la misión y oído las palabras. Del texto parecería desprenderse que son las mismas personas ejecutantes las que han hecho la relación; más equilibrado sería pensar en un relato del pasado que en algo ocurrente en sus días. El historiador no lo cree digno de fe y le encuentra un cercano parecido con la mitología. Acerca de lo que él entiende por ello no estamos debidamente informados, pues ni aun un examen atento de su obra nos lleva a una conclusión. Podemos suponer algún conocimiento de lo clásico, ya que no debemos entender por mitología aquello que pudo haber oído de pueblos bárbaros en sus largas peregrinaciones. Además, por lo que sabemos, él nunca llegó a la orilla marina donde habitaban aquellos pasadores de almas que le preocuparon.

En cuanto al relato merecen atención algunos detalles para poder compararlo con lo conocido y destacar una peculiaridad única. Dos son las afirmaciones principales: dicen que las almas de los hombres muertos son transportadas siempre a Britia<sup>2</sup>; y acerca del modo como ello se realiza, lo explica, pues más de una vez ha oído describirlo a la gente de allí<sup>3</sup>. Llega a la conclusión de que tales afirmaciones deben ser atribuidas a algún poder de los sueños<sup>4</sup>. En las obras de Procopio hay referencia a apariciones de seres sobrenaturales, prodigios, profecías, visiones y sueños<sup>5</sup>. Una vez tomadas las referidas precauciones, sin duda para dejar a salvo su seriedad de historiador, comienza el relato.

En la costa del océano opuesta a la isla de Britia hay numerosas aldeas habitadas por hombres que pescan con redes o cultivan la tierra o se dedican al transporte marítimo a la isla. Están sujetos a los francos, pero ningún tributo les pagan; desde tiempo antiguo han sido dispensados a causa de cierto servicio que prestan. Es la conducción de las almas a Britia, encargada a ellos por turno<sup>6</sup>. De tal manera, los que en la noche siguiente deben hacer este trabajo relevando a otros en el servicio, se retiran a sus casas tan pronto llega la oscuridad y duermen esperando al que ha de reunirlos para la empresa. A una hora avanzada de la noche

<sup>1</sup> *Bell.* VIII, xx, 47-58.

<sup>2</sup> *Bell.* VIII, xx, 48: λέγουσιν οὖν τὰς τῶν ἀποβιούντων ἀνθρώπων ψυχὰς ἐς τοῦτο αἰεὶ διακομίζεσθαι τὸ χωρίον.

<sup>3</sup> *Bell.* VIII, xx, 48: τῶν τῆδε ἀνθρώπων.

<sup>4</sup> *Bell.* VIII, xx, 48: ἐς ὄνειρων δέ τινα δύναμιν ἀποκεκρίσθαι νενομικῶς τὰ θρυλούμενα.

<sup>5</sup> *Bell.* II, xxii, 10; VIII, xiv, 38; xxi, 15-18. *Hist. Arc.* VI, 5; XIX, 1.

<sup>6</sup> *Bell.* VIII, xx, 50: λέγουσιν οἱ ταύτη ἀνθρωποι ἐκ περιτροπῆς ἐπικείσθαι τὰς τῶν ψυχῶν παραπομπὰς σφίσιν.

tienen noción de un golpear a sus puertas y oyen al mismo tiempo una voz indistinta llamándolos para su tarea<sup>7</sup>. Sin vacilar van a la playa, sin entender la necesidad de su conducta, pero obligados<sup>8</sup>. Existe, pues, algo que domina su voluntad y los impulsa ineludiblemente. En la playa encuentran esquifes, no los propios sino otros de diferente clase, ya aprestados; nadie hay dentro de ellos. Se embarcan y toman los remos<sup>9</sup>. Se dan cuenta que las barcas están cargadas con un gran número de pasajeros; apenas sobresalen del agua un dedo y son mojados por las olas; pero a nadie ven. En una hora llegan a Britía<sup>10</sup>. Es notable que cuando hacen el viaje en sus propias embarcaciones, no a vela, sino remando como en esta ocasión, demoran en el pasaje una noche y un día. Cuando arriban a la isla y son aliviados de su carga, regresan a gran velocidad; las barcas se han hecho súbitamente ligeras y sólo sumergen la quilla en el agua<sup>11</sup>. Nunca ven un hombre ni dentro de la embarcación ni saliendo de ella; pero oyen una voz proveniente de la isla que parece advertir a los encargados de las almas, mientras es pronunciado el nombre de cada uno de los pasajeros que con ellos han venido, diciendo acerca de las posiciones de honor que antes ocuparon y gritando el nombre de sus padres junto con el suyo propio<sup>12</sup>. Y si hay mujeres entre los transportados, también profieren los de los hombres con quienes estuvieron casadas en vida<sup>13</sup>.

El texto es suficientemente claro para poder afirmar que son las almas de los muertos las llevadas a la isla. Es posible que sea un lugar de reposo, un nuevo Elíseo. Tiene una ubicación determinada y aunque punto lejano de la tierra, lugar conocido y habitado en tiempo de Procopio. Nada sabemos de la morada que acoge esas almas ni si vienen a residir definitivamente ni si han de ser juzgadas.

En cambio, en la concepción clásica, las Islas de los Bienaventurados, con sus campos Elíseos, son algo diferente; lejanísimas, ir a ellas es empresa de navegantes, no de boteros. Están situadas en el extremo del mundo, donde reina el blondo Radamanto; es lugar que ofrece la vida más dulce a los humanos, sin nieve ni lluvia, sin invierno; sólo se sienten los céfiros, cuyas ondas silbantes suben del Océano para refrescar<sup>14</sup>. Están cerca del borde que circunda el mundo, el del pensamiento clásico; más allá está el abismo, donde si un yunque de bronce es arrojado, cae durante nueve noches y nueve días, y con la décima aurora llega al Tártaro, la región inferior del universo. Pensemos en la distancia enorme recorrida por ese cuerpo abandonado en el vacío y sometido a movimiento acelerado.

Para Virgilio, los dominios de Hades son un lugar subterráneo; allí llega Eneas acompañado de la Sibila; el camino bifurca; el de la izquierda conduce al Tártaro impío y el de la derecha a los muros del gran Plutón, al Elíseo<sup>15</sup>. Aquí hay una luz más pura, la del admirable sol;

<sup>7</sup> *Bell.* VIII, xx, 51.

<sup>8</sup> *Bell.* VIII, xx, 52.

<sup>9</sup> *Bell.* VIII, xx, 53.

<sup>10</sup> *Bell.* VIII, xx, 54.

<sup>11</sup> *Bell.* VIII, xx, 55.

<sup>12</sup> *Bell.* VIII, xx, 56.

<sup>13</sup> *Bell.* VIII, xx, 57.

<sup>14</sup> *Od.* IV, 565.

<sup>15</sup> *Virg., Aen.* VI, 541.

residen los huéspedes virtuosos, las mejores generaciones humanas, las de la edad de oro<sup>16</sup>. Hay un prado hermosísimo, rodeado de muchos árboles frondosos, a cuya sombra se tienden los convidados sobre alfombras de flores<sup>17</sup>. Están con el corazón libre de preocupaciones, los héroes, para quienes el suelo fecundo da tres veces al año una floreciente y dulce cosecha<sup>18</sup>. Es en la Isla de los Bienaventurados<sup>19</sup>, en los confines de la tierra, en los bordes de los torbellinos profundos del Océano.

En la descripción que de ella hace Píndaro<sup>20</sup> también se advierte que está en lugar semejante, pues las brisas oceánicas la refrescan; allí resplandecen las flores de oro sobre la tierra y las aguas, ilumina un sol que hace siempre iguales sus noches y sus días. Es la residencia de los buenos, de los hombres de bien, de los que amaron la buena fe, de los que conservaron su alma absolutamente pura de mal. Están cerca de los favoritos de los dioses, en los dominios de Cronos, el poderoso antecesor, cerca de Aquiles el hijo de Tetis que fué tratado con honor y enviado allí<sup>21</sup>. Sus playas están consagradas por Zeus a gentes piadosas desde que el bronce vino a manchar la pureza del siglo de oro. Y tras el bronce llegaron los siglos más duros del hierro; de ellos pueden huir a estas regiones los hombres inocentes<sup>22</sup>.

Más tarde se piensa en la isla donde rige el cretense Radamanto<sup>23</sup>. Hay una ciudad, toda de oro, rodeada por un muro de esmeralda, con siete puertas, cada una de un solo trozo de cinamomo; dentro, el pavimento es de marfil; los templos de los dioses están fabricados de berilo; y en sus aras, hechas de una gran amatista, se inmolan hecatombes.

Esta es la clara residencia de los muertos. Tal vez nadie con tanta elegancia expresó el deseo de ir hacia esas regiones de luz, como Virgilio: "...non me impia namque / Tartara habent, tristes umbrae, sed amoena piorum / concilia Elysiumque colo"<sup>24</sup>.

Los traspasados que van hacia el Hades siguen un camino que no es simple ni único; de ahí la necesidad de un guía para encontrarlo en las muchas bifurcaciones y rodeos<sup>25</sup>. Se descende al lugar y es inmensa osadía<sup>26</sup>, empresa de dioses o héroes, llegar a él viviente, ya que es sólo residencia de difuntos. En la *Iliada*<sup>27</sup>, Aquiles dice a Agamenón: "Haz traer leña y suministrar al muerto todo lo que conviene tenga para sumergirse en la sombra brumosa". Y el que allí debe ir es también sombra. En las puertas del Hades hay almas<sup>28</sup> que apartan, alejan, sombras<sup>29</sup> de muertos<sup>30</sup>. En los grandes bosques andan errantes las almas; mas al-

<sup>16</sup> Claud., *De raptu Proserpinae* II, 284.

<sup>17</sup> Lucian., *Verae historiae* 14.

<sup>18</sup> Hesiod., *Op. et D.* 167.

<sup>19</sup> Hesiod., *Op. et D.* 167: ἐν μακάρων νήσοισι.

<sup>20</sup> Pind., *Ol.* II, iv, 1 sig. Cr. Lucian., *Tyrannus s. Cataplus* 24.

<sup>21</sup> Plat., *Conv.* 179 e.

<sup>22</sup> Hor., *Epod.* XVI, 63.

<sup>23</sup> Lucian., *Verae Historiae* 6.

<sup>24</sup> Virg., *Aen.* V, 733.

<sup>25</sup> Plat., *Phed.* 107 d-c; 108 a.

<sup>26</sup> *Od.* XI, 473 sig.

<sup>27</sup> *Il.* XXIII, 50.

<sup>28</sup> ψυχαί.

<sup>29</sup> εἶδωλα.

<sup>30</sup> *Il.* XXIII, 69 sig.

guna vez es posible reconocerlas en la oscuridad, si se está cerca, porque son sombras pálidas<sup>31</sup>, niebla sin solidez.

Hay una ley de la muerte a la cual nadie escapa. Cuando todo cede a la energía quemadora de la llama, cuando el alma ha abandonado los huesos blanqueados, la sombra emprende su vuelo y huye como un sueño<sup>32</sup>. Se descende al Hades, residencia de los difuntos, fantasmas insensibles de los humanos agotados<sup>33</sup>. La gloria que los poetas cantan en la tierra es inútil, pues la igualdad reina entre los muertos; ni la belleza ni el poder los acompañan; todos yacen sumergidos en lo oscuridad, sin distinguirse en nada unos de otros<sup>34</sup>. Los bienaventurados no tienen cuerpo, son impalpables, mera apariencia; aunque pueden moverse, pensar y hablar, sólo son a modo de sombras erguidas, pero no negras; se parecen a una alma vestida con una apariencia de cuerpo<sup>35</sup>.

Patroclo escapa a Aquiles que quiere estrecharlo en sus brazos, como un vapor murmurando levemente y el espíritu va bajo tierra<sup>36</sup>. Entonces acude a él la revelación terrible que le arranca palabras lamentosas, pues los muertos tienen espíritu y forma<sup>37</sup> aunque en ellos ninguna vida hay. Mas algo vive todavía en el Hades, una alma, una sombra, pero donde no habita el espíritu<sup>38</sup>.

Son las almas solamente las que van al Hades, como Homero expresa, cuando a causa de la cólera de Aquiles arrojó allí tantas de héroes, mientras que de esos héroes mismos ella hacía la presa de todas las aves del cielo y de los perros<sup>39</sup>. Es neta la separación entre esa alma que se aleja con pequeños gritos o zumba<sup>40</sup>, y la forma, el cuerpo, que no es sino una especie de vaso, de recipiente que la contiene. De ahí que conocerse es conocer el alma: "nosce animum tuum"<sup>41</sup>. Y cuando el héroe yacente se levanta de la tumba, preferentemente los epónimos, es para ayudar y dar la victoria a los suyos que no olvidaron ni las hecatombes ni las honras debidas a su memoria.

Lucrecio, que transmite lo que Enio dice en versos inmortales, explica que en el Aquerón hay espacios en los que no residen de nosotros ni nuestras almas ni nuestros cuerpos, sino simulacros de una extraña palidez<sup>42</sup>. Es necesario que beban la sangre negra de las víctimas para que adquieran conciencia de sí y de quienes llegan a su presencia, como cuando el Atrida reconoció a Odiseo y llorando, gimiendo, vertiendo torrentes de lágrimas, tendió las manos y quiso tocarlo; pero nada le quedaba ni

<sup>31</sup> Virg., *Aen.* VI, 450: Inter quas Phoenissa recens a uolnere Dido / errabat silua in magna; quam Troius heros / ut primum iuxta stetit agnouitque per umbras / obscuram...

<sup>32</sup> *Od.* XI, 217 sig.

<sup>33</sup> *Od.* XI, 474 sig.: βροτῶν εἶδωλα καμόντων.

<sup>34</sup> Lucian., *Dialog. Mort.* 15.

<sup>35</sup> Lucian., *Verae historiae* 12.

<sup>36</sup> *Il.* XXIII, 99 sig.: ψυχὴ δὲ κατὰ χθονὸς ἦυτε.

<sup>37</sup> ψυχὴ καὶ εἶδωλον. (*Ibid.* 104).

<sup>38</sup> Ὡ πόποι, ἦ ρά τίς ἐστί καὶ εἶν Ἀίδαο δόμοισι / ψυχὴ καὶ εἶδωλον, ἀτὰρ φρένες οὐκ ἔνι πάμπαν. (*Ibid.* 103/104).

<sup>39</sup> *Il.* I, 3 sig.

<sup>40</sup> *Od.* XXIV, 1 sig.

<sup>41</sup> Cic., *Tusc.* I, xxii, 54.

<sup>42</sup> Lucr., *De rer. nat.* I, 120 sig.: etsi praeterea tamen esse Acherusia templa / Ennius aeternis exponit versibus edens, / quo neque permaneant animae neque corpora nostra, / sed quaedam simulacra modis pallentia miris;...

del vigor ni de los músculos que antes hubo en sus miembros ágiles<sup>43</sup>. Ulises quiere estrechar en sus brazos la sombra de su madre muerta; por tres veces lo intentó y cada vez no fué en sus manos más que una sombra o un sueño desvanecido<sup>44</sup>.

En la época clásica se dice ya que los muertos sean puestos en la tierra y que cada parte retorne adonde vino a la luz del día, el espíritu al aire y el cuerpo a la tierra<sup>45</sup>. El epitafio de los atenienses muertos en la batalla de Potidea, en 432 a.C., encierra el mismo pensamiento<sup>46</sup>. Alguna otra inscripción funeraria advierte a veces al pasante que en premio al deleite de sus versos vierta sobre los restos algunas gotas de vino, ya que lo amó y vivió en la armonía dionisia<sup>47</sup>.

Los espíritus de los muertos, cuando en el sueño vienen a los vivientes, son como el del infortunado Patroclo, en todo igual a sí mismo, en estatura, bellos ojos y voz; su cuerpo recubierto con los mismos vestidos usuales<sup>48</sup>. Es el recuerdo que revive; mas, para los hombres de entonces, es la presencia misma en el misterio del sueño.

Cuando algún dios quiere engañar a los mortales forja un fantasma<sup>49</sup> y le da los rasgos y la apariencia de la persona. Del mismo modo y principalmente en el tiempo heroico, cuando quiso advertir a algún dilecto y tomar partido por uno de los bandos en lucha, adquiere aspecto mortal de similitud tanta que sólo un elegido reconoce la augusta presencia después de desaparecida en algún detalle que la larga experiencia le ha enseñado, como Néstor a Atena<sup>50</sup>.

Cicerón atribuye a la ignorancia en que se estaba del arte de razonar, a la incapacidad de concebir que el alma viviera una vida independiente, el que se le prestara una forma sensible. De ahí la *Nequeia* de Homero, las evocaciones de los muertos y la leyenda del lago Averno, la puerta profunda del Aquerón por donde pasan las almas envueltas en sombrías tinieblas, los fantasmas de los muertos que evoca la sangre salada de las víctimas<sup>51</sup>. Tal pensamiento parece animar una máxima de Epicarmo, el siciliano sutil y muy espiritual, que no deseaba morir pero poco le importaba estar muerto<sup>52</sup>. Toda esta demostración de parte de quien estaba iniciado en los misterios eleusinos sólo confirma la creencia difundida en su tiempo, el tema retomado y magistralmente acrecido por los poetas, el trasfondo del más arcano pensamiento, precisamente de los moldes en que tomó su fundamento aquella generación, gloriosa como pocas, a la cual él pertenecía. Y a pesar del esfuerzo incoordinado pero incesante de las doctrinas filosóficas y de las ideas cristianas, se mantuvo infiltrado en lo hondo del creer y en sus múltiples transformaciones puede adver-

<sup>43</sup> *Od.* XI, 390.

<sup>44</sup> *Od.* XI, 204 sig.

<sup>45</sup> Eurip., *Supl.* 531.

<sup>46</sup> *C. I. A.* I, 442: Sus espíritus fueron recibidos dentro del aire del cielo; sus cuerpos dentro de la tierra. Junto a las puertas de Potidea fueron muertos.

<sup>47</sup> Antípater de Sidón, acerca de Anacreonte. *Ant. Palat.* VII, 26.

<sup>48</sup> *Il.* XXIII, 62 sig.

<sup>49</sup> *Od.* IV, 793 sig.: εἶδωλον ποίησε.

<sup>50</sup> *Od.* III, 371 sig.

<sup>51</sup> Cic., *Tusc.* I, xvi, 36: unde animae excitantur obscura umbra opertae, imagines / mortuorum, alto ostio Acheruntis, salso sanguine...

<sup>52</sup> Cic., *Tusc.* I, viii, 15: Emori nolo, sed me esse mortuum nihil aestimo.

tirse en el andar del tiempo y a veces nos sorprende todavía revistiendo inopinada forma.

En los días de Procopio las leyendas mitológicas no habían muerto. Y aun cuando él aparece cristiano singular, sabe bastante de cosas esotéricas y las transmite sin comprometer opinión. El pasaje que nos ocupa es para Mac Culloch<sup>53</sup> una reminiscencia de la creencia teutónica de que si bien el alma vuela al aire y a veces frecuenta la tumba, el cuerpo permanece en ella; pero si el muerto es entregado a las olas, esto sugiere que su residencia está más allá del mar; tal sería la leyenda de los pescadores sujetos a los francos. Es muy posible que lo sea, a pesar de que en Procopio debieron pesar los recuerdos clásicos respecto a la muerte y al más allá. Pero para dar razón del nacimiento de tal leyenda debido a ser marino un pueblo, no es necesario acercarse a la entonces tenebrosa costa del mar belga o danés. Los señores de Micenas y Tirinto, los héroes todos que en Homero están, han cruzado el mar, antes fueron piratas de temibles incursiones; suyas son las Islas de los Bienaventurados y los campos Elíseos, situados en las cercanías del bramador Océano; también los del regreso, que van saltando de isla en isla, en la más maravillosa aventura que jamás se haya escrito, para encontrar en peligro el hogar y el reino. El héroe sabe trazar un surco recto, pero también construir y ensamblar un barco. Y como según modernos estudios la idea del Eliseo es minoica, mucho más se justifica la observación, puesto que ellos fueron señores del mar e insulares.

Los muertos a que hace referencia Procopio no van a esos lugares sino a una isla determinada, sin que sepamos cuál será su ulterior destino. Esa isla se llama Britía, situada a la altura de la desembocadura del Rin, opuesta a ella y como a unos doscientos estadios de distancia, entre las de Britania y Thulé<sup>54</sup>. Britania es la Gran Bretaña actual y en cuanto a Thulé era el punto más alejado hacia el norte que los antiguos conocieron, la región descubierta por Piteas en el siglo IV a.C., a seis días de navegación de las Orcadas; sería Islandia o Noruega. Ptolomeo la coloca más al sur, correspondería a alguna isla de las Shetland, la Unst, la más septentrional, o la Mailand, la mayor del archipiélago<sup>55</sup>. Según la opinión de H. B. Dewing, es la moderna Dinamarca<sup>56</sup>. Britía está habitada por tres numerosos pueblos; cada uno de ellos es gobernado por un rey y son los ángilos<sup>57</sup>, los frisones<sup>58</sup> y los britones<sup>59</sup>, que sacan su nombre de ella. Estas gentes pelean a pie; no sólo no son jinetes sino que ni siquiera saben lo que es un caballo, ya que este animal en ningún tiempo vivió en la isla<sup>60</sup>.

Si bien no sabemos a qué van las almas a Britía, en cambio se nos informa de su identificación a la llegada porque una voz las anuncia; se

<sup>53</sup> J. A. Mac Culloch, en J. Hastings, *Encyclopaedia of Religion and Ethics*, N. York, 1928, t. II, 707 b.

<sup>54</sup> *Bell.* VIII, xx, 4.

<sup>55</sup> Maurice Besnier, *Lexique de Géographie Ancienne*, París, 1914.

<sup>56</sup> Procopius, with an English translation by H. B. Dewing, London, 1914, vol. V, pág. 253, nota 1.

<sup>57</sup> Ἀγγίλοι.

<sup>58</sup> Φρίσσορες.

<sup>59</sup> Βρίττωνες.

<sup>60</sup> *Bell.* VIII, xx, 26.

pronuncian sus nombres, el de sus padres, las posiciones que ocuparon<sup>61</sup> y si son mujeres, los nombres de sus maridos<sup>62</sup>. Por Plotino sabemos que tal como somos al salir del cuerpo, tal es el rango que ocuparemos allá abajo<sup>63</sup>.

El transporte se efectuaría en esquifes especiales, no comunes, y es peculiar que esas almas que no se ven tengan peso. No otra cosa se desprende del texto mismo, ya que las barcas sobresalen apenas un dedo del agua<sup>64</sup>; pero cuando han sido aliviadas de la carga regresan más rápidamente y sólo sumergen la quilla. Esto nos lleva a afirmar que aquélla es una concepción diferente de la clásica, en la cual las almas ocupan un espacio, son apariencias que no se insinúan las unas en las otras y no tienen peso. Existe un texto tardío, de Luciano, en que parece haber perdido ya de vista que los muertos son inconsistentes y también lo son sus vestidos, armaduras y arreos que completan su apariencia; pero son visibles. Carón dice<sup>65</sup> a las almas que consideren la situación; la barca es pequeña, vieja, hace agua por muchas partes, que vienen en gran número a la vez y traen mucho equipaje; si se embarcan con todas esas cosas se habrán de arrepentir, sobre todo los que no saben nadar.

Y nosotros pensamos cómo habrían de nadar en agua fluída si ellos fueran inconsistentes, apariencias, sólo formas sin peso.

Volviendo al relato. Carón les aconseja que se embarquen desnudos, dejando en la orilla todo el aparato inútil, y aún así apenas cabrán en la barca. La preocupación por aliviar el peso llega hasta la ridícula posición de querer afeitar al filósofo Menipo, cuyas barbas por lo menos pesan unas cinco minas<sup>66</sup>. Y si ellas tienen peso debemos pensar que el cuerpo también lo tiene. Pero Damasia, atleta, comenta que ya está desnudo verdaderamente e igual en peso a los demás muertos. Puede interpretarse que esa igualdad supone la anulación del peso una vez descargados de los arreos materiales que portaban o también la persistencia de alguna pesantez, aunque leve; sería el mínimo de los muertos.

En cambio, cuando Eneas llega junto al barquero, éste arroja las almas sentadas a lo largo de los bancos y recibe en el casco al poderoso troyano, entonces la barca gime bajo el peso y se llena de agua cenagosa por las hendiduras<sup>67</sup>. Grande es el contraste entre las expulsas almas que ocupaban los bancos y el ingente héroe cuyo peso enseguida produce vías de agua en el maltrecho casco. Aquellas son tan leves que como sólo formas pálidas ocupan espacio para recobrar la noción de ser cuando pueden beber la negra sangre de las víctimas<sup>68</sup>.

Las que nos pinta Luciano tienen figura, podemos imaginarlas como aparentes en un solo plano, como recortadas en papel, sin espesor casi; pero igual que en un retrato, conservando su aspecto que las hace reconocibles. Y ya que la barca alberga a muchas, de levísimo peso si se

<sup>61</sup> *Bell.* VIII, xx, 56.

<sup>62</sup> *Bell.* VIII, xx, 57.

<sup>63</sup> *Plot.*, *Enn.* I, 9 (16).

<sup>64</sup> *Bell.* VIII, xx, 54.

<sup>65</sup> *Lucian.*, *Dial. Mort.* 10.

<sup>66</sup> *Lucian.*, *Dial. Mort.* 9.

<sup>67</sup> *Virg.*, *Aen.* VI, 411 sig.: *Inde alias animas, quae per iuga longa sedebant, / deturbat laxatque foros; simul accipit alueo / ingentem Acneam. Gemuit sub pondere cumba / sutilis et multam accepit rimosa paludem.*

<sup>68</sup> *Od.* XI, 390.



quiere, pero con alguno, no ha de ser de grandes proporciones, puesto que sólo el viviente Eneas por poco la hace zozobrar. De otro modo no tendrían sentido las palabras del barquero, ya que en Luciano, aunque chancee, no podemos desconocer su versación religiosa y conocimiento de los misterios, forzosamente presentes en lo que escribe.

Mucho más tarde y refiriéndose a la tierra de los galos, el postrer poeta de la Roma disminuída dice que allí se oye el ligero ruido de las sombras siempre errantes, quejas, suspiros; allí los campesinos ven ir y venir seres con la cara pálida que son las formas de los desaparecidos<sup>69</sup>. Formas, sombras, pero visibles; y también en un lugar vecino al mar.

Finalmente, en el relato de Procopio puede advertirse la marcada diferencia con todo lo expuesto acerca de las almas; las que pasan a Britia tienen la calidad original de ser invisibles y pesar; lejos están de las imaginadas por el consecuente racionalismo griego, que ni en el más allá pudo desprenderse de las formas y condición humanas que tanto amó en la religión y en el arte.

En muchos pueblos marinos subsiste hoy, por lo menos en el recuerdo, la creencia de que los muertos van a través del mar a una isla, donde han de seguir viviendo; pero son siempre sombras fugaces como las que visitan en el sueño. Si Procopio recogió algún rumor y le dió la forma que conocemos, sin poderse separar de sus vagas reminiscencias clásicas, es algo sin solución para nosotros; por ello nos hemos limitado a señalar en el curioso relato que nos ha ocupado, la particularidad del peso de las invisibles almas, ya que, como Eneas, no podemos oír la voz de la Sibila decir: “et regna inuia uiuis aspicias”<sup>70</sup>.

<sup>69</sup> Claud., *In Ruf.* I, 123 sig.: Est locus extremum pandit qua Gallia litus / Oceani praetentus aquis, ubi fertur Ulyxes / sanguine libato populo movisse silentem. / Illic umbrarum tenui stridore volantum / flebilis auditur quaestus; simulacra coloni / pallida defunctasque vident migrare figuras.

<sup>70</sup> Virg., *Aen.* VI, 154.